

---

# LA AUTOIDENTIDAD. PROBLEMAS METODOLOGICOS DEL «TWENTY STATEMENTS TEST»\*

Modesto Escobar

---

El presente artículo intenta mostrar los trabajos llevados a cabo por la escuela de Iowa para el estudio empírico del *self* a partir de la teoría clásica de G. H. Mead. Las páginas que siguen a continuación abordan, fundamentalmente, la presentación y discusión crítica del T. S. T. (*Twenty Statements Test*), principal instrumento que diseñaron Kuhn, McPartland y colaboradores para acometer tal tarea. Se expondrán, en primer lugar, las líneas teóricas fundamentales que identifican el pensamiento de dicha escuela; a continuación se describirá la forma y naturaleza del citado test, para acometer posteriormente su crítica metodológica, fundamentada en una aplicación realizada por el autor a estudiantes universitarios de Madrid.

## 1. EL «SELF» DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ESCUELA DE IOWA

Todo instrumento de obtención de datos o procedimiento de análisis está avalado, más o menos implícitamente, por un esquema teórico que lo susten-

---

\* Este trabajo es un extracto de la tesina de licenciatura "La autoidentidad. Un estudio del T.S.T.", presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, y para cuya elaboración el autor dispuso de una beca otorgada por el C.I.S.

ta y limita a una gama de posibilidades. Por ello, comenzamos este artículo con una presentación de la teoría desarrollada por la escuela de Iowa, creadora del T. S. T. La principal fuente sobre la que sus componentes edifican su pensamiento son los trabajos y reflexiones de G. H. Mead sobre el origen de la conciencia e inteligencia reflexiva del ser humano. Su pensamiento fue fructífero, pues abrió una amplia perspectiva a la psicología social, cuyos principales intérpretes se denominaron interaccionistas simbólicos<sup>1</sup>. Según Meltzer y Petras<sup>2</sup>, las dos principales variantes de la interpretación interaccionista han sido la escuela de Chicago, cuyo principal representante es Blumer<sup>3</sup>, y la escuela de Iowa, encabezada por Kuhn, cuyo análisis ocupará las páginas que siguen a continuación.

M. H. Kuhn afirma que en el estudio de la actividad humana pueden distinguirse dos puntos de vista: el *institucional-cultural*, que contempla las situaciones estructuradas normativamente, y el *psicosocial*, que informa de la conducta en situaciones no estructuradas completamente. Para él, ambos son complementarios para el estudio de la conducta, pero susceptibles de ser separados analíticamente para su estudio, de tal forma que se decantó por el segundo punto de vista, es decir, el psicosocial.

Desde este esquema ya puede contemplarse su enfoque de la conducta humana básica, determinada por la instancia social, concretada en la situación. Como es común a los interaccionistas simbólicos, la sociedad precede al individuo: cuando nace el niño, éste se encuentra ya con unas pautas de conducta que se le irán inculcando a través del proceso de socialización. El individuo, pues, se encuentra con una serie de *objetos* que Kuhn denomina *sociales*, en tanto y cuanto son definidos socialmente a través del lenguaje. «El significado de un objeto se efectúa en términos de la conducta que se lleva a cabo con dicho objeto»<sup>4</sup>. Y dicha conducta es aprendida socialmente. Por ejemplo, el objeto «silla» es tal en cuanto está determinado para un uso concreto, «el de sentarse». En tanto y cuanto se designa lingüísticamente a través de un significante, se le aísla de otros objetos con funcionalidades diferentes. Observamos que esta posición apenas difiere de la de la filosofía pragmatista, y en concreto de la de Mead, que concibe los universales «estrechamente vinculados con el hábito»<sup>5</sup>.

Por tanto, todos los objetos son susceptibles de *planes de acción*, signifi-

<sup>1</sup> Véase E. LAMO DE ESPINOSA y J. CARABAÑA, "La teoría del interaccionismo simbólico", *R.E.I.S.*, 1, 1978, pp. 159-203.

<sup>2</sup> B. N. MELTZER y J. W. PETRAS, "The Chicago and Iowa Schools of Symbolic Interactionism", en MANIS y MELTZER, *Symbolic Interaction*, Boston, Allyn and Bacon, 1972, p. 43.

<sup>3</sup> H. BLUMER, *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*, Barcelona, Hora, s. a., 1982.

<sup>4</sup> C. A. HICKMAN y M. H. KUHN, *Individuals, Groups and Economic Behavior*, New York, Dryden Press, 1956.

<sup>5</sup> C. W. MORRIS, "G. H. Mead como psicólogo y filósofo", en G. H. MEAD, *Espíritu, persona, sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 40.

ficando con ello «las formas en que se piensa va a responder el objeto, conllevando en el individuo una conducta positiva o negativa hacia el objeto en cuestión. Y también los afectos (sentimientos y emociones) que el individuo manifiesta en relación al objeto»<sup>6</sup>. De ahí deriva el concepto de *actitud*: «frases verbales que constituyen anteproyectos para la conducta e indican el fin hacia el que la acción se dirige, la justificación para la toma de esos fines, los propios sentimientos y las evaluaciones concernientes al grado de éxito o fracaso en su consecución»<sup>7</sup>. En definitiva, las actitudes vendrían a ser la expresión verbal de los planes de acción. Como éstos, contienen elementos capaces de predecir cuál será la conducta de un individuo hacia el objeto en cuestión.

Tras habernos referido a los conceptos de objeto, plan de acción y actitud, ya podemos abordar la concepción kuhniana del *self*. Este sería «las actitudes (planes de acción) de un individuo hacia su mente y cuerpo, vistos como un objeto»<sup>8</sup>. Es de notar cómo en esta definición, y en general en la teoría de Kuhn, el *self* se puede equiparar con el *mí*. El *yo* deviene un «componente residual, una forma, erróneamente introducida por Mead, para explicar los fenómenos sociales no predecibles por las operaciones del *mí* en el individuo»<sup>9</sup>.

En consecuencia, el *self* pasa a ser una estructura en lugar de un proceso interactivo, un diálogo interno entre el *yo* (sujeto) y el *mí* (objeto). Los elementos de dicha estructura para Kuhn son identidades en términos de roles-status, intereses-aversiones, concepción de metas, posiciones ideológicas y autoevaluaciones. Es decir, actitudes del individuo hacia sí mismo. Entre ellas puede haber contradicción, coherencia, etc., pero no interacción en el sentido de interinfluencia. Así, pues, el *self*, en tanto que el individuo se ve a sí mismo como objeto —y, en consecuencia, está sujeto a planes de acción expresados verbalmente en forma de actitudes hacia sí mismo—, determina la conducta de los individuos. Si conocemos las actitudes del *self* se puede predecir la conducta. Dichas actitudes son semejantes a las que se tienen con los otros objetos, con la diferencia de que el *self* está presente en todas las situaciones. Por ello, se erige en el marco de referencia en el que se basan las restantes actitudes y, en consecuencia, es el principal referente para predeterminar las conductas de los individuos hacia los objetos.

Por otro lado, retomando las ideas del inicio, veíamos que los objetos están socialmente definidos. Por tanto, el *self*, como objeto, también tiene una determinación social. En congruencia con las ideas de Mead, un individuo no se ve a sí mismo directamente, sino a través de los demás, asumiendo el rol del otro. Como dice McPartland, se asume que «la forma en que una perso-

<sup>6</sup> HICKMAN y KUHN, *op. cit.*, p. 223.

<sup>7</sup> HICKMAN y KUHN, *op. cit.*, p. 87.

<sup>8</sup> HICKMAN y KUHN, *op. cit.*, p. 43.

<sup>9</sup> D. LEWIS, "A Social Behaviorist Interpretation of the Median I", *A.J.S.*, volumen 85, núm. 2, p. 264.

na se identifica a sí misma está relacionada con las identidades que los otros le han atribuido en el pasado y con el modo con que los otros han reaccionado hacia ella en dichas identidades»<sup>10</sup>. De ahí que el concepto de *otro orientacional* complemente la importancia que tenía el concepto de *otro generalizado* para Mead. Este último tenía la misión de dar la unidad al *self*, en tanto que el individuo se relaciona con un conjunto múltiple de individuos que le están considerando como objeto; por el contrario, el otro orientacional tiene una funcionalidad distinta: la de dar una explicación operacional al determinismo del *self*. En los otros orientacionales están incluidos: «a) los otros a los que el individuo está más clara, completa y básicamente entregado emocional y psicológicamente; b) los otros que le han suministrado el lenguaje, incluyendo los conceptos y categorías más básicos y esenciales; c) los otros que le han suministrado y siguen suministrándole sus categorías del *self* y otras, y d) los otros comunicantes en quienes está básicamente sostenida y/o cambia su autoconcepción»<sup>11</sup>. Los otros orientacionales son, pues, aquellas personas que se relacionan con el individuo de tal forma que confieren a éste la base de su autopercepción. Dada la importancia de la determinación que los otros aportan al *self*, es preciso un concepto que especifique el/los otro/s que adquieren significación para la formación de la autoimagen.

Kinch formula lo reseñado hasta aquí de una forma sucinta: «La concepción que el individuo tiene de sí mismo emerge de la interacción social y, a su vez, guía o influye la conducta de dicho individuo»<sup>12</sup>. Tal afirmación comprende dos proposiciones básicas de la teoría: a) el *self* dirige la conducta del individuo, y b) el *self* está basado en la conducta de los otros. En consecuencia, la conducta de los otros dirigida a un individuo determina su propia respuesta.

Tal modelo podría ser representado mediante una cadena causal: siendo  $C_a$  la conducta de los otros,  $S$  el *self* y  $C_s$  la conducta del sujeto, entonces:  $C_a \rightarrow S \rightarrow C_s$ . Kinch amplía el citado modelo mediante la introducción de una nueva variable: «la percepción de la conducta del otro» ( $P_a$ ). Se hace, por tanto, necesario una nueva proposición para insertarla dentro del marco general: «La percepción que tiene el individuo de las respuestas de los otros hacia él refleja las respuestas de los otros hacia él»<sup>13</sup>; es decir:  $C_a \rightarrow P_a$ . En este caso, la conducta del otro no interviene en la autopercepción del sujeto sino a través de la percepción que el individuo tenga de la conducta de los otros. Si se añade un nuevo postulado, deducido del complejo mencionado

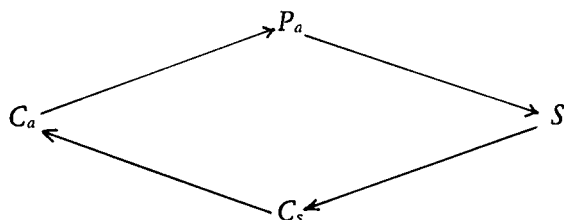
<sup>10</sup> T. S. MCPARTLAND, *Manual for the Twenty Statements Test*, Kansas City, Missouri: Department of Research, The Greater Kansas City Mental Health Foundation, 1971.

<sup>11</sup> C. W. TUCKER, "Some Methodological Problems of Kuhn's Self Theory", *The Sociological Quarterly*.

<sup>12</sup> J. W. KINCH, "A Formalized Theory of the Self-concept", en MANIS y MELTZER, *op. cit.*, p. 246.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

—la conducta del individuo ( $C_s$ ) influye la conducta de los otros ( $C_a$ )—, se obtiene un modelo circular de determinación que presenta la siguiente forma <sup>14</sup>:



En definitiva, para la escuela de Iowa, el *self* es un conjunto estructurado de actitudes inserto en un modelo de determinación social y conductual.

## 2. EL T. S. T.

Empleando una definición introductora, podemos decir que el T. S. T. es un instrumento para la medida de las actitudes del *self* que responde a los intentos de la operacionalización de tal concepto.

Su origen data de los años cincuenta, en las investigaciones llevadas a cabo por la escuela de Iowa del interaccionismo simbólico, dirigidas por Kuhn. Los primeros intentos consistieron en unos estudios realizados con escolares donde se les preguntaba los roles preferidos o rechazados en una serie determinada de situaciones. Para obtener enunciados sobre el *self* a partir de esas preguntas había que hacer inferencias no siempre fáciles de justificar. En realidad, tal estudio ponía de manifiesto las diferencias culturales entre las distintas escuelas. Posteriormente se realizaron una serie de estudios piloto tendentes a encontrar un instrumento en el que se les lanzase directamente a los sujetos la pregunta «quién soy yo». En tales estudios se contrastaron las respuestas a tal pregunta con los ítems entresacados de un análisis autobiográfico del individuo. La supuesta concordancia entre uno y otro instrumento movió a los investigadores, Kuhn y McPartland, a aplicar el primero de ellos <sup>15</sup>.

### 2.1. Descripción

En su forma original, el T. S. T. consiste en una simple página encabezada con las siguientes instrucciones:

<sup>14</sup> J. W. KINCH, *op. cit.*, p. 248.

<sup>15</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 113.

«Más abajo, en esta misma hoja, encontrarás veinte espacios en blanco. Escribe en ellos veinte respuestas a la pregunta quién soy yo. Se trata simplemente de escribir veinte respuestas diferentes a esta pregunta. Hazlo como si la pregunta te la hicieras tú mismo, no como si te la hiciera otro. Escribe las respuestas en el orden que se te ocurra, sin preocuparte de su lógica o de su importancia. Hazlo con cierta rapidez, pues el tiempo está limitado a ... minutos»<sup>16</sup>.

A continuación, según rezan las instrucciones, se hallan impresos veinte espacios en blanco, numerados del 1 al 20. Es obvio que su nombre (T. S. T., o *Twenty Statements Test* —test de las veinte respuestas—) viene precisamente de tales características. Sin embargo, a lo largo de los estudios llevados a cabo se han construido una variedad de formatos que son de obligada referencia.

Mulford y Salisbury<sup>17</sup> introdujeron la novedad de suprimir los espacios numerados, con la intención de no forzar a los individuos a contestar con veinte respuestas. El resultado fue contundente: de una media de 17 respuestas que obtuvieron Kuhn y McPartland se pasó a una media de 4,4. Schwirian<sup>18</sup>, por otro lado, realizó una aplicación del T. S. T. para estudiar las implicaciones que tenía el dejar veinte espacios para la contestación. Para ello aplicó a los sujetos dos veces el T. S. T., con un intervalo de una semana, incluyendo en una de las aplicaciones veinte espacios y en la otra treinta. Es decir, estudió la variación en la forma, introduciendo un test semejante con treinta espacios en blanco. Por último, Couch<sup>19</sup>, descontento con la formulación de las instrucciones y la tendenciosidad de la pregunta quién soy yo, modificó ésta por la fórmula: «escribe veinte frases sobre ti mismo que empiecen con la palabra yo», dejando a continuación los respectivos veinte espacios en blanco.

El utilizar una u otra forma de presentación del T. S. T. está en consonancia con la investigación a realizar. Sin embargo, a la hora de contrastar resultados es necesaria una unificación de las formas de presentación, puesto que éstas influyen en los modos de respuesta, en especial la primera y tercera de las formas que hemos mencionado.

En cuanto al modo de administración, también puede adoptar varias modalidades. La forma usual consiste en pasarlo a un colectivo de sujetos; pero también puede ser aplicado individualmente e incluso verbalmente, a modo de entrevista, a aquellos sujetos que no son capaces de escribir sus

<sup>16</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 114.

<sup>17</sup> H. A. MULFORD y W. W. SALISBURY, "Self-conceptions in a General Population", *The Sociological Quarterly*, V, 1964, p. 36.

<sup>18</sup> K. P. SCHWIRIAN, "Variation in Structure of the Kuhn McPartland Twenty Statements Test and Related Response Differences", *The Sociological Quarterly*, V, 1964, pp. 47-59.

<sup>19</sup> C. J. COUCH, "Self Identification and Alienation", *The Sociological Quarterly*, VII, 1964, pp. 255-265.

propias respuestas, dictándolas a alguien que pueda escribir en su lugar. Parece ser que ni la extensión ni el contenido quedan afectados por estos cambios en el método de administración <sup>20</sup>.

Hay, sin embargo, unas condiciones mínimas de aplicabilidad, unas normas a seguir en todo proceso de aplicación. Estas son:

a) Explicitar una razón comprensible para justificar la aplicación, que dependerá de las circunstancias.

b) No sugerir en el proceso de explicación de las instrucciones ninguna respuesta, con el objeto de evitar una predeterminación en la contestación por parte del investigador.

c) Caso de que se demande más información respecto de la persona encuestada, se hará posteriormente a la aplicación del T. S. T. Este ha de preceder a cualquier recabamiento de información del sujeto para evitar posibles sugerencias de respuesta <sup>21</sup>.

## 2.2. Supuestos teóricos

Reseñadas la descripción y las formas de administración del T. S. T., es preciso ahondar en su significación explicitando las asunciones teóricas en las que está basado. Como analizamos anteriormente, Kuhn concebía el *self* como un conjunto estructurado de actitudes susceptibles de ser medidas, con el doble objeto de: a) demostrar su origen social; b) estudiar las implicaciones que reporta una determinada autoactitud en la conducta del individuo. El T. S. T., en consonancia, es el instrumento diseñado por Kuhn para la operacionalización de su concepto del *self*.

El primer supuesto a destacar es el de que cuando el individuo contesta a la pregunta quién soy yo (como si ésta se la hiciera él mismo y no se la hiciera otra persona) nos encontramos con un hecho en plena consonancia con el punto de vista del *self* como objeto. Recuérdese que Kuhn reduce éste al *mí* meadiano, colocando al *yo* en una posición residual. Es de suponer, en consecuencia, que el sujeto, al responder, se esté refiriendo a sí mismo y no a otro. Ahora bien, la presuposición de que se responde como si se hiciera a sí mismo la pregunta no invalida el hecho de que el sujeto, al contestar, esté basando sus respuestas en cómo se ve a sí mismo a través de los otros. Dicha especificación tiende a igualar la perspectiva desde la que cada individuo puede verse a sí mismo.

Otra asunción importante en la utilización del T. S. T. es el supuesto de que las partes más importantes de la autoconcepción son conscientes. Es decir, el sujeto se conoce a sí mismo y puede dar una definición de sí mismo lo suficientemente verdadera y completa para hacer inferencias a partir de ella. Es evidente que tal presuposición es opuesta a las teorías psicoanalíti-

<sup>20</sup> McPARTLAND, *op. cit.*, p. 6.

<sup>21</sup> McPARTLAND, *op. cit.*, pp. 4-5.

cas, que confieren gran importancia a aquellos aspectos de la personalidad inconscientes, fundamentalmente representados en el *ello*. Por el contrario, el modelo de hombre construido por los interaccionistas simbólicos está constituido, esencialmente, por un sujeto consciente e incluso racionalizador de sus procesos: «El científico social, a diferencia del psicoanalista, asume que la mayor parte de la conducta humana está organizada y dirigida por recetas, internalizadas pero conscientes, de roles asumidos...»<sup>22</sup>. En consecuencia, es posible que el sujeto se describa a sí mismo como objeto en virtud del autoconocimiento de que es capaz. Y no sólo es capaz de conocerse, sino también de expresarlo mediante palabras que van a reflejar los aspectos más relevantes de su personalidad.

Ya se ha dicho en otro lugar que el *self* depende de las definiciones y conductas de los otros en una situación dada. Depende, por lo tanto, de la ocasión social en la que se desenvuelve. Ahora bien, el uso del T. S. T. supone la autoconsistencia de la imagen que cada uno tiene de sí mismo. De otro modo, las situaciones en las que se aplica el test, al ser irrepetibles en la vida cotidiana del individuo, carecerían de valor para obtener datos valiosos para el estudio del *self* y sus implicaciones conductuales. Antes bien, se presupone que el *self* posee una consistencia interna que, paradójicamente, le confiere una estabilidad por encima de las situaciones en las que está presente. Nos encontramos aquí con uno de los supuestos más vulnerables internamente desde la teoría del *self* de la escuela de Iowa: por un lado, la concreta situación de la administración del test debería afectar el contenido de la auto-percepción; por el otro, el conocimiento que se obtiene sería capaz de predecir la conducta del individuo en una variedad de situaciones<sup>23</sup>. Dicha deficiencia ha sido parcialmente solventada con fórmulas de administración del T. S. T. transversales. Mediante este procedimiento, aplicado por Mahomey, se le proporciona al sujeto un conjunto de diez presentaciones distintas del test, que debe autoadministrarse en sucesivos espacios de tiempo que abarcan varios días<sup>24</sup>.

Por último, cabe explicitar una asunción definida negativamente por los defensores del T. S. T.: éste no implica ninguna dimensión establecida en la que el individuo tenga que definirse. Por decirlo de otra manera, se deja completa libertad al sujeto para que se describa a sí mismo, para que exprese su *self*. Se critica, pues, a aquellos inventarios de personalidad (técnica Q y diferenciales semánticos) que fuerzan a que la autodefinición se desarrolle a lo largo de una o varias dimensiones preestablecidas. Por el contrario, la asunción que está en la base del T. S. T. es que la autopercepción no tiene dimensionalidad fija y conocida; aunque después, como veremos más adelante,

<sup>22</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 114.

<sup>23</sup> TUCKER, *op. cit.*, p. 355.

<sup>24</sup> E. R. MAHOMY, "The Processual Characteristics of Self Conception", *The Sociological Quarterly*, XIV, 1973, pp. 517-533.



a la hora del análisis de las respuestas, los teóricos de Iowa impongan una dimensionalidad *a posteriori*.

### 2.3. Dimensiones de análisis

La primera y más obvia de tales dimensiones es el número de respuestas dadas. En adelante, la denominaremos *número de enunciados*. Tal dimensión está estrechamente relacionada con una de las dimensiones que enumera Katz como propias del componente cognitivo de las actitudes<sup>25</sup>. Dicho autor entiende por grado de diferenciación «el número de creencias o de ítems cognitivos en la actitud...». Tal como es enunciada, es evidente la estrecha conexión; ahora bien, la estructura de la aplicación del T. S. T. deforma tal conexión en el sentido de que, al ofrecer veinte espacios en blanco al individuo para su respuesta, se le fuerza, bien a que los complete, bien a que deje de escribir ítems relativos a sí mismo al alcanzar el umbral de espacios sugeridos. Por tanto, podemos considerar el número de enunciados como una operacionalización poco válida del grado de diferenciación de las actitudes del *self*.

La segunda dimensión característica del T. S. T. es el número de *respuestas consensuales*. Al hablar del marco teórico del T. S. T. vimos que el individuo desarrolla su autoconcepto en situaciones sociales, en relación con otros y que, a la vez, se va formando en él un *otro generalizado*. Este es concebido por Kuhn y colaboradores como una estructura organizada de actitudes comunes a toda una comunidad. De estas premisas se deriva la clasificación entre enunciados consensuales y subconsensuales, siendo los primeros «dirigidos al nivel del otro generalizado (o social)» y los segundos «dirigidos a una audiencia más limitada»<sup>26</sup>.

Concretando, diremos que *enunciados consensuales* son aquellos de significado generalizado, mientras los *subconsensuales* se caracterizan por requerir una interpretación por parte del sujeto para captar su significación. En otras palabras, los enunciados consensuales son aquellos cuyo significado posee un amplio consenso social, a diferencia de los enunciados subconsensuales. Pongamos un ejemplo. Si alguien dice «soy una mujer», la imagen que nos da es unívoca (se entiende que pertenece al sexo femenino, participando de las características del amplio grupo humano de las mujeres). Ahora bien, si se dijera «soy bueno», habría que preguntarle qué entiende por «bueno», con qué criterios se juzga...; en definitiva, en el segundo caso no existe un consenso social sobre el significado de lo afirmado.

Kuhn define, de otro modo, las respuestas consensuales como aquellas que «se refieren a grupos y clases cuyos límites y condiciones de membresía

<sup>25</sup> D. KATZ, "El enfoque funcional en el estudio de las actitudes", en TORREGROSA, *Teoría e investigación en la P. S. actual*, Madrid, I.O.P., 1974.

<sup>26</sup> McPARTLAND, *op. cit.*, p. 8.

son materia de común conocimiento», en contraposición a las subconsensuales, que «se refieren a grupos, clases, atributos, rasgos o cualquier otra cosa que requiera interpretación por parte del sujeto para precisar o colocarlo en relación con otras personas»<sup>27</sup>.

McPhail, quien aplica el T. S. T. a una muestra de sujetos, les pide posteriormente que juzguen la consensualidad de sus anteriores respuestas. De las 406 definiciones clasificadas como consensuales por los criterios de Kuhn y McPartland, el 73 por 100 fueron clasificadas como consensuales por los sujetos, y sólo el 58 por 100 de las 512 clasificadas como consensuales por los entrevistados lo fueron por los criterios explicitados<sup>28</sup>.

Sin embargo, el criterio de consensualidad hay que considerarlo en su estrecha vinculación con el concepto de *self* en Kuhn. Como vimos en el apartado anterior, el *self* presenta en dicha teoría dos aspectos complementarios: por un lado, es un conjunto de actitudes que se desarrolla hacia sí mismo como objeto; por otro, representa una internalización de roles y status que el individuo adopta en la sociedad. De ahí que Kuhn defina, en otro lugar, las respuestas consensuales como «todos los enunciados sobre posición social del sujeto y sobre los roles que de ella se derivan, incluyendo enunciados de categorías sociales, tales como nombre, edad, afiliación religiosa, relaciones de parentesco, razas, nacionalidad, pertenencia a grupos formales o informales, y también respuestas sobre características físicas del sujeto»<sup>29</sup>. Es decir, juzga el criterio de consensualidad en base a que la respuesta se refiera a un rol, status social o a una característica física del sujeto.

Kuhn llama al número de referencias consensuales contestadas por un individuo, en el T. S. T., *puntuación de lugar (locus score)*<sup>30</sup>, y la considera como una medida del grado de anclaje social de una persona en tanto miembro del sistema social. Considerando el *self* como un objeto y efectuando una correspondencia entre ambos, la teoría predice que los objetos que se identifican (significado = conducta) de un modo consensual (común a una serie de miembros) obtienen idénticas —valga el juego de palabras *identificar/ idéntico*— respuestas por parte de aquellos sujetos que toman contacto con ellos. Del mismo modo, una persona que se identifica a sí misma consensualmente puede esperar que los otros se comporten de manera similar respecto a él en una variedad de situaciones. Dicho con otras palabras, aquellos individuos que, al definirse, emplean conceptos de tipo consensual están más anclados socialmente, habiendo alcanzado una identificación mucho más estable respecto a las múltiples situaciones sociales en las que tal persona puede

<sup>27</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 116.

<sup>28</sup> C. McPHAIL, "The Classification and Ordering of Responses to the Question 'Who Am I'", *The Sociological Quarterly*, XIII, pp. 329 y ss.

<sup>29</sup> M. H. KUHN, "Procedure for Content Analysis of the T.S.T. in Five Inclusive Categories", Unpublished Paper, State University of Iowa. Citado en SCHWIRIAN, *op. cit.*, p. 51.

<sup>30</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 115.

actuar. Por otro lado, cabe también concebir los enunciados consensuales con el concepto de otro generalizado, en tanto que estructura organizada de actitudes común a todos. De ahí que un individuo con respuestas consensuales indique una capacidad para verse a sí mismo desde el punto de vista no sólo de unos otros particulares, sino desde el del otro generalizado. Por tanto, es de esperar, según los defensores del T. S. T., que dicho individuo «se comporte de manera generalmente aceptable en las situaciones sociales típicas»<sup>31</sup>.

La tercera dimensión es una derivación de la segunda, y viene a establecer un modelo de pauta de respuestas conforme a la categorización señalada más arriba. Kuhn y McPartland lanzan la hipótesis de que «los sujetos tienden a completar todas las referencias consensuales que se disponen a responder, antes de especificar cualquier respuesta de tipo subconsensual»<sup>32</sup>. Para contrastar tal proposición —como haremos más adelante— existen dos vías: una de ellas es la utilizada por los autores mencionados, consistente en escalar las respuestas según el modelo de Guttman, de tal manera que se obtenga un coeficiente de reproductibilidad adecuado a las predicciones establecidas; la otra sería crear una nueva dimensión de análisis, que Schwirian llama *carrera* (*run*). Esta consiste en una «serie consecutiva de enunciados consensuales o subconsensuales realizada por un sujeto»<sup>33</sup>. Así, pues, según el modelo esperado, la mayor parte de individuos que responden con enunciados consensuales y subconsensuales realizarían sólo dos carreras (una primera de respuestas consensuales, seguida de otra de subconsensuales), mientras que los sujetos que sólo responden con enunciados consensuales o subconsensuales, lógicamente, tan sólo manifestarían una carrera.

Una cuarta dimensión del T. S. T. sería el *orden de aparición* de cada categoría. Ya se ha hecho una tenue mención a ella en el párrafo anterior, al decir que las respuestas consensuales son mencionadas antes que las subconsensuales. Además, el orden de aparición puede ser contemplado como un índice de la saliencia («espontaneidad relativa con que una referencia particular se usará en la orientación de la conducta»). Lo cual, en principio, no implica la asociación entre saliencia e importancia que tenga el contenido para el individuo. Kuhn y McPartland, parafraseando a Newcomb, sostienen lo contrario: «parece probable presumir que una actitud muy saliente —expresada con gran espontaneidad— tiene más importancia para la persona que aquella actitud que expresa sólo después de incitarle o preguntarle bastante»<sup>34</sup>. Sin embargo, parece que el orden (saliencia) de una determinada respuesta no está correlacionado con la importancia que le da el sujeto, como así demuestra empíricamente McPhail, encontrando una asociación peque-

<sup>31</sup> McPARTLAND, *op. cit.*, p. 9.

<sup>32</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 116.

<sup>33</sup> SCHWIRIAN, *op. cit.*, p. 51.

<sup>34</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, p. 119.

ña ( $V = 0,14$ ) entre el orden de aparición de una respuesta y el orden de importancia que le atribuye el sujeto<sup>35</sup>.

Por último, cabe mencionar un conglomerado de dimensiones que dependen de otros sistemas de categorías utilizados en la codificación de la información de las respuestas al T. S. T.<sup>36</sup>. La medición de cada categoría puede abordarse desde dos perspectivas:

a) Número de menciones por individuo, a partir del cual puede obtenerse la media de aparición por sujeto.

b) Número de sujetos que mencionan una determinada categoría, el cual puede ser subdividido en los veinte espacios de los que se dispone para la respuesta. Así, por ejemplo, podemos decir que el X por 100 de individuos se autodescriben en función del rol estudiantil en el primer lugar.

#### 2.4. Validez y fiabilidad

«La pregunta por la validez de un instrumento se refiere a si se mide de hecho lo que el investigador quiere medir con su ayuda»<sup>37</sup>. Cabe decir, pues, que el cometido principal del T. S. T. es el de contrastar empíricamente la teoría del *self* de la escuela de Iowa. De él podemos obtener toda una serie de indicadores, descritos en el apartado anterior. Lo dicho nos sugiere tres tipos de preguntas: a) ¿Existe congruencia entre el cuerpo teórico del *self* en Kuhn y los supuestos del instrumento llamado T. S. T.? b) ¿Son adecuados los indicadores que podemos deducir del análisis del test, en el sentido de ser sensibles de forma que mediante ellos se puedan contrastar las hipótesis previstas por la teoría? c) ¿Qué relación guardan tales indicadores con otros semejantes obtenidos en otros instrumentos de medida?

En el ya citado artículo de Kuhn y McPartland se da respuesta al primer tipo de pregunta. Aducen que mediante la pregunta quién soy yo se obtienen frases respecto a la identidad del sujeto y que, introduciendo en las instrucciones que contesten como si la pregunta se la hiciesen ellos mismos, se evita que la respuesta sea intrínseca a la situación de prueba a la que son sometidos y, en consecuencia, se obtienen sus autoidentidades generales. Por otro lado, la clasificación de las respuestas en consensuales y subconsensuales se desprende del postulado de que el individuo se identifica a sí mismo a través de los grupos sociales a los que pertenece en distinto grado. De ahí que el número de consensuales (respuestas en las que el sujeto se identifica según el rol o status que ocupa en un determinado grupo) sea un indicador del

<sup>35</sup> McPHAIL, *op. cit.*, p. 336.

<sup>36</sup> Para una descripción y discusión de tales categorías véase M. ESCOBAR, "La autoidentidad. Un estudio del T.S.T.", tesina de licenciatura presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, 1981, páginas 44-60.

<sup>37</sup> R. MAYNTZ et al., *Introducción a los métodos de la Sociología empírica*, Madrid, A.U., 1975.

anclaje social del sujeto. Sin embargo, hay una contradicción interna entre, por un lado, la opinión de esta escuela de que los tests de respuestas cerradas tienen una pequeña utilidad predictiva y de que el foco de estudio es la perspectiva propia de cada persona y, por otro lado, la posterior codificación de las respuestas en base al sentido unidimensional que le impone el investigador. Tal es la crítica que señala Tucker<sup>38</sup>, al encontrar una escasa coincidencia entre la clasificación de los jueces y la de los propios sujetos.

Respecto al segundo tipo de pregunta, sobre la validez, hemos de reseñar dos trabajos en los que se cumplieron las hipótesis predictivas. Como bien se sabe, la teoría sobre la validez basada en los *grupos conocidos* supone un indicio de la validez del instrumento. Para ello hay que obtener el valor medio del material aritmético obtenido por cada uno de los grupos conocidos, en los que se suponen distintos resultados. Si los valores de los diferentes grupos difieren significativamente, se obtiene cierta seguridad en la validez de la escala. Por otro lado, la validez de *constructo* opera con hipótesis comprobadas, de forma que si éstas se verifican han de ser válidas junto con el instrumento, a menos que la hipótesis y el instrumento sean de tal manera que confirmen una predicción falsa.

El primero de los estudios mencionados<sup>39</sup> pone en relación el grupo de pertenencia del individuo con su autodefinición expresada en el T. S. T. La hipótesis, en concreto, decía que la distinta afiliación religiosa cambia la puntuación de lugar (número de consensuales). Efectivamente, aquellos individuos que pertenecían a una religión cuya afiliación se considera importante y diferenciada (católicos, pequeñas sectas, luteranos, judíos) tenían una mayor puntuación de lugar que aquellos pertenecientes a otras religiones (metodista, presbiteriana, indiferentes) cuya afiliación no es considerada importante. Del mismo modo, esto quedaba probado a la hora de considerar la saliencia que tenían los enunciados religiosos proferidos por los individuos de uno u otro grupo religioso. Para aquellos cuya pertenencia a una determinada religión sea importante, el T. S. T. mostraba una saliencia de tales actitudes mayor que para el resto. Así, pues, según este trabajo, el test se mostraba útil para dar cuenta del diferente anclaje social y saliencia de la actitud religiosa de los individuos afiliados a una u otra religión.

Brooks<sup>40</sup> aplicó, por su parte, el T. S. T. al plano de la ideología política. Su hipótesis era que las deferencias en las percepciones del rol político propio, como de izquierda o de derecha, guardaban relación con el modo en que los individuos se identificaban respecto a las principales instituciones sociales (respuestas de posición, según McPartland)<sup>41</sup>. Los de derecha se ven a sí mismos actuando dentro de las instituciones: familia, Iglesia, educación; los

<sup>38</sup> TUCKER, *op. cit.*, pp. 356-357.

<sup>39</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, pp. 112-124.

<sup>40</sup> R. S. BROOKS, "The Self and Political Role: A Symbolic Interactionistic Approach to Political Ideology", *The Sociological Quarterly*, X, 1969, pp. 22-31.

<sup>41</sup> McPARTLAND, *op. cit.*, p. 14.

de izquierda, en cambio, actúan o fuera o dentro, pero en contra de estas instituciones, y son otros roles los centrales para ellos. De ahí que los segundos respondan con una mayor variedad al test. Los resultados arrojaron una media de 10,7 menciones de tal tipo para los de derecha, frente a 7,4 para los de izquierda. Una vez más, el T. S. T. se mostraba sensible para explicar las predicciones deducidas de la teoría.

Por lo que respecta al tercer tipo de validación, cabe destacar la investigación emprendida por Spitzer, Stratton, Fitzgerald y Mach<sup>42</sup>. Estos contrastaron cuatro tests de personalidad: el *índice de ajuste y valores* de Bills, que consta de 49 adjetivos en los que se autoevalúa el sujeto; la *lista de adjetivos* de Gough, compuesta de 300 adjetivos, de los que el sujeto ha de seleccionar aquellos que mejor le describan; el *diferencial semántico* de Friedler, formado por veinte pares de adjetivos y una escala que va de uno al otro extremo de cada par opuesto, en la que se tiene que puntuar el sujeto, y el T. S. T., utilizando la clasificación de respuestas en función de su aspecto evaluativo. De este último test obtuvieron cuatro indicadores: *a)* un índice de autoestima, obtenido otorgando a los enunciados autodespectivos tres puntos, a los semidespectivos dos puntos y uno a los neutrales; *b)* la proporción de enunciados autodespectivos; *c)* una puntuación de saliencia, basada en el lugar de mención del primer enunciado autodespectivo, y *d)* un índice de autosatisfacción, consistente en la suma del orden de aparición de los ítems de contenido positivo de autovaloración.

La puntuación de saliencia arrojó correlaciones próximas a cero, no sólo con los índices de los restantes tests, sino también incluso con los restantes índices del T. S. T. El resto de los índices obtuvieron correlaciones superiores a 0,50 entre sí, y respecto a los índices de autosatisfacción de los restantes tests, obtuvieron correlaciones de tipo medio (de 0,25 a 0,40), más bajas que las intercorrelaciones entre los tests de respuestas cerradas. De lo que puede deducirse que, a efectos de la medición de la autoestima, el T. S. T. no es el instrumento más válido; sin embargo, hemos de observar que tal no fue su cometido cuando se creó, aunque es, evidentemente, otro de los usos que puede otorgársele debido a su condición de codificabilidad múltiple.

Si entendemos por fiabilidad «la amplitud de la dispersión de un instrumento ante repetidas aplicaciones»<sup>43</sup>, nos encontramos con la imposibilidad de obtener una evaluación precisa de ésta, dado que el *self* no es estático, y la repetibilidad de un test es sinónimo de fiabilidad sólo en el caso de que se quieran medir rasgos invariables. Quizá sea ésta la razón por la que no se encuentra ningún estudio sobre la fiabilidad del T. S. T., en contraste con los estudios sobre validez. Ello implica realizar una serie de preguntas sobre la posibilidad de comprobación de la fiabilidad. Nos interrogamos si el inter-

<sup>42</sup> S. P. SPITZER, "The Self-concept: Test Equivalence and Perceived Validity", *The Sociological Quarterly*, VII, 1966, pp. 265-281.

<sup>43</sup> MAYNTZ et al., *op. cit.*, p. 85.

anclaje social del sujeto. Sin embargo, hay una contradicción interna entre, por un lado, la opinión de esta escuela de que los tests de respuestas cerradas tienen una pequeña utilidad predictiva y de que el foco de estudio es la perspectiva propia de cada persona y, por otro lado, la posterior codificación de las respuestas en base al sentido unidimensional que le impone el investigador. Tal es la crítica que señala Tucker<sup>38</sup>, al encontrar una escasa coincidencia entre la clasificación de los jueces y la de los propios sujetos.

Respecto al segundo tipo de pregunta, sobre la validez, hemos de reseñar dos trabajos en los que se cumplieron las hipótesis predictivas. Como bien se sabe, la teoría sobre la validez basada en los *grupos conocidos* supone un indicio de la validez del instrumento. Para ello hay que obtener el valor medio del material aritmético obtenido por cada uno de los grupos conocidos, en los que se suponen distintos resultados. Si los valores de los diferentes grupos difieren significativamente, se obtiene cierta seguridad en la validez de la escala. Por otro lado, la validez de *constructo* opera con hipótesis comprobadas, de forma que si éstas se verifican han de ser válidas junto con el instrumento, a menos que la hipótesis y el instrumento sean de tal manera que confirmen una predicción falsa.

El primero de los estudios mencionados<sup>39</sup> pone en relación el grupo de pertenencia del individuo con su autodefinición expresada en el T. S. T. La hipótesis, en concreto, decía que la distinta afiliación religiosa cambia la puntuación de lugar (número de consensuales). Efectivamente, aquellos individuos que pertenecían a una religión cuya afiliación se considera importante y diferenciada (católicos, pequeñas sectas, luteranos, judíos) tenían una mayor puntuación de lugar que aquellos pertenecientes a otras religiones (metodista, presbiteriana, indiferentes) cuya afiliación no es considerada importante. Del mismo modo, esto quedaba probado a la hora de considerar la saliencia que tenían los enunciados religiosos proferidos por los individuos de uno u otro grupo religioso. Para aquellos cuya pertenencia a una determinada religión sea importante, el T. S. T. mostraba una saliencia de tales actitudes mayor que para el resto. Así, pues, según este trabajo, el test se mostraba útil para dar cuenta del diferente anclaje social y saliencia de la actitud religiosa de los individuos afiliados a una u otra religión.

Brooks<sup>40</sup> aplicó, por su parte, el T. S. T. al plano de la ideología política. Su hipótesis era que las deferencias en las percepciones del rol político propio, como de izquierda o de derecha, guardaban relación con el modo en que los individuos se identificaban respecto a las principales instituciones sociales (respuestas de posición, según McPartland)<sup>41</sup>. Los de derecha se ven a sí mismos actuando dentro de las instituciones: familia, Iglesia, educación; los

<sup>38</sup> TUCKER, *op. cit.*, pp. 356-357.

<sup>39</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, pp. 112-124.

<sup>40</sup> R. S. BROOKS, "The Self and Political Role: A Symbolic Interactionistic Approach to Political Ideology", *The Sociological Quarterly*, X, 1969, pp. 22-31.

<sup>41</sup> McPARTLAND, *op. cit.*, p. 14.

a) *La autopercepción de las personas varía a lo largo de la dimensión consensualidad.* En el test, ésta viene expresada por el número de respuestas clasificables en la categoría consensual, y su rango va de 0 a 20.

b) *El componente consensual de las actitudes hacia sí mismo es el más saliente.* Dicho aserto se trasluce, en el T. S. T., en el hecho de que el orden de aparición de aquél sea anterior al de las respuestas subconsensuales.

c) *Los sujetos tienden a contestar en primer lugar las referencias consensuales* y, una vez que empiezan a hacer referencias de sí subconsensuales, no vuelven a dar respuestas del primer tipo. Ello implica dos consecuencias analíticas: 1) Aplicada una escala de Guttman a las veinte respuestas de los sujetos, clasificadas en consensuales/subconsensuales, el coeficiente de reproductibilidad (número de enunciados que siguen el modelo/número total de enunciados) es lo suficientemente alto para verificar tal aserto. 2) El número modal de carreras de cada test tiende a ser de 2, y la media no ha de sobrepasar en demasía dicho guarismo.

#### 4. RESULTADOS Y DISCUSION

La línea de argumentación del presente apartado debe estar en consonancia con las tres hipótesis que se acaban de enumerar, por cuanto su propósito no es otro que el de discutir las a la luz de los resultados obtenidos en la aplicación del T. S. T. a los 372 sujetos que forman parte de la muestra.

La tabla 1 presenta los porcentajes de sujetos que responden con X número de consensuales y subconsensuales. Observemos, en primer lugar, que el número total de respuestas emitidas por sujeto es de 16,8, muy próximo a las obtenidas por Kuhn y McPartland —17—<sup>45</sup>, por Brooks —16,1—<sup>46</sup> y por Schwirian, que obtuvo en la primera aplicación del T. S. T. de veinte espacios una media de 17,6 contestaciones<sup>47</sup>. Pero distante de las obtenidas por Mulford y Salisbury —4,4—<sup>48</sup>, por el hecho de no incluir los espacios blancos numerados; por Driver, que lo aplicó mediante entrevistas, obteniendo una media de 12,7 en una muestra de la India<sup>49</sup>, y por Couch<sup>50</sup>, en cuya aplicación tradicional del test (forma *yo soy*) obtuvo una media de 12,6 enunciados.

Ello conduce a pensar que la sensibilidad de la susodicha dimensión a las condiciones de aplicación del instrumento es alta. Dado que nuestro es-

<sup>45</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, pp. 112-124.

<sup>46</sup> BROOKS, *op. cit.*, pp. 22-31.

<sup>47</sup> SCHWIRIAN, *op. cit.*, pp. 47-59.

<sup>48</sup> MULFORD y SALISBURY, *op. cit.*, pp. 35-56.

<sup>49</sup> E. D. DRIVER, "Self Conception in India and the United States: A Cross-cultural Validation of the Twenty Statements Test", en MANIS y MELTZER, *op. cit.*, páginas 290-302.

<sup>50</sup> COUCH, *op. cit.*, pp. 235-265.



tudio seguía las líneas generales del procedimiento utilizado por Kuhn y McPartland, la media obtenida fue similar. Se infiere, en consecuencia, que el modelo de presentación del test influye en los sujetos a dar mayor o menor número de respuestas, incitando así a la aparición de enunciados sobre el *self* forzados por la estructura del instrumento.

TABLA 1

*Frecuencia de aparición de respuestas consensuales y subconsensuales*  
(% vert.)

Números	Consensuales (%)	Subconsensuales (%)	Total (%)
0	11,3	0,5	0,5
1	12,9	1,1	—
2	12,9	1,3	—
3	12,4	1,3	—
4	12,6	2,7	—
5	6,7	2,7	1,3
6	7,3	1,3	0,8
7	6,2	3,5	0,5
8	4,8	3,8	2,4
9	4,0	5,6	2,2
10	2,4	6,2	1,6
11	3,0	7,3	3,0
12	1,1	5,6	4,3
13	0,8	9,4	5,4
14	0,3	6,5	4,8
15	0,5	6,7	5,6
16	0,3	6,5	5,9
17	0,3	6,7	3,8
18	0,3	7,3	3,8
19	—	6,7	4,3
20	—	7,3	49,7
TOTAL	100,0	100,0	100,0
MEDIA	4,27	12,56	16,8

En la misma tabla se descubre que la variable número de consensuales adquiere valores que van del 0 al 18, no constando ningún sujeto que responda con 19 ó 20 enunciados de tipo consensual. Se puede advertir, no obstante, que la consensualidad es variable de uno a otro cuestionario, desde un 11,3 por 100 de individuos que no dan ninguna respuesta consensual al 1,4 que dan 15 o mas, siendo la media de 4,27 menciones.

La siguiente hipótesis metodológica afirmaba que el componente consensual de las actitudes hacia sí mismo es el más saliente. La tabla 2 nos confirma tal predicción. En cada una de las filas se indican los porcentajes de

TABLA 2

*Orden de aparición de las respuestas consensuales y subconsensuales*  
(% hor.)

Números	Consensuales (%)	Subconsensuales (%)	Total (%)
1	65,6	33,9	99,5
2	52,1-Q.1	47,1	99,5
3	40,3	59,2	99,5
4	31,2	68,3	99,5
5	24,7-Q.2	74,8	99,5
6	24,8	73,9-Q.1	98,2
7	22,8	74,6	97,4
8	24,2	72,7	96,9
9	16,9	77,6	94,5
10	15,5-Q.3	76,8-Q.2	92,3
11	15,8	74,9	90,7
12	14,5	73,2	87,7
13	9,6	73,8	83,4
14	9,9	68,1-Q.3	78,0
15	9,1	64,1	73,2
16	11,0	50,7	67,6
17	9,4	52,3	61,7
18	7,8	50,1	57,9
19	5,4	48,7	54,1
20	5,9	43,8	49,7
Global	20,8	62,9	83,7
$N_r$	(1.517)	(4.847)	(6.364)

respuestas totales, consensuales y subconsensuales, para cada uno de los veinte espacios en blanco numerados. De modo que, en el espacio uno, el hecho de que el número de respuestas totales no alcance el 100 por 100 indica que el resto, es decir, el 5 por 100, o dos individuos, no dieron ninguna respuesta. Observando los porcentajes de las respuestas consensuales se distingue claramente cómo éstos van descendiendo a medida que corresponden a espacio inferior. Por el contrario, en las respuestas subconsensuales, los mayores porcentajes corresponden a los espacios centrales. Ello ya da pie a afirmar que las respuestas consensuales son más salientes (aparecen antes) que las respuestas subconsensuales. Sin embargo, para corroborar con mayor precisión lo antedicho es de constatar que los valores de los cuartiles son bastante inferiores para las respuestas consensuales que para las subconsensuales. En concreto, el 25 por 100 de los enunciados consensuales están expuestos en los dos primeros espacios, mientras que el 25 por 100 de los enunciados subconsensuales más salientes ocupan los seis primeros espacios. Lo mismo sucede con los restantes indicadores, siendo la mediana de 5 y 10,

respectivamente, y el tercer cuartil de 10 y 14 para una y otra. Obsérvese, por lo demás, que el recorrido intercuartilico es semejante para ambas variables.

Por otro lado, si comparamos el número de apariciones (posible índice de importancia) con el orden de aparición (saliencia) comprobamos que están inversamente relacionados, si hacemos la correlación con el criterio de categorización consensuales/subconsensuales. Aunque, como hemos dicho, el orden de aparición de las consensuales es anterior al de subconsensuales, éstas aparecen con mayor frecuencia (62 por 100 de los espacios) que las primeras (20,8 por 100) —el resto está formado por espacios en blanco, que, en determinadas circunstancias, son considerados como respuestas subconsensuales—<sup>51</sup>. En consecuencia, sí es aceptable la propuesta de que las respuestas consensuales son más salientes, aunque ello no implique, como piensa Kuhn, que sean más importantes para el sujeto. Una posible evidencia de esto último sería el bajo número de menciones de ítems de tipo consensual.

Respecto al hecho de que las respuestas al T. S. T. sigan el modelo de la escala de Guttman —es decir, que los sujetos tiendan a responder todas las respuestas consensuales en primer lugar y después comiencen a responder subconsensualmente, sin volver a escribir enunciados consensuales—, la evidencia presentada en los resultados de la presente investigación no lo confirma. Ya Driver obtuvo un coeficiente de reproductibilidad de 0,77 en su estudio aplicado en la India<sup>52</sup>. Sin embargo, no compartimos sus razones. Dice Driver que «una forma de explicar la no escalabilidad de las respuestas es apuntar el pequeño número de referencias consensuales —una media de 2,2, en contraste con la media de 10 en el estudio de Kuhn y McPartland— y argüir que la escalabilidad está, en cierto grado, en función del número de respuestas consensuales»<sup>53</sup>. Sin embargo, al ser más saliente, un menor número de respuestas consensuales implicaría en la escala de Guttman el efecto contrario, puesto que las posibilidades de error se verían disminuidas.

Otra forma de razonar la no escalabilidad sería aludir a diferencias culturales. Que dicho modelo de respuestas no se aplique a contextos culturales ajenos al americano hace suponer que la escalabilidad no es propia del instrumento, sino del medio en que se aplica. En el contexto cultural donde se ha aplicado el test cuyos resultados estamos presentando, es decir, el universo subcultural de la juventud estudiantil madrileña, tampoco parece que el modelo vaya a cumplirse en función del número de carreras que realiza cualquier sujeto (véase tabla 3). Obsérvese que tan sólo el 32,1 por 100 de los sujetos —menos de la tercera parte— contestan según el modelo predicho, siendo la media de carreras de 4,1 y existiendo un 5,6 por 100 de sujetos cuyo test es un continuo vaivén de respuestas consensuales y subconsensuales.

<sup>51</sup> KUHN y McPARTLAND, *op. cit.*, pp. 115-126.

<sup>52</sup> DRIVER, *op. cit.*, pp. 290-302.

<sup>53</sup> *Ibidem*.

En consecuencia, no se puede afirmar que los sujetos tiendan a contestar en primer lugar las referencias consensuales y que, una vez que empiezan a hacer referencias subconsensuales, no vuelvan a hacer respuestas del primer tipo.

TABLA 3

*Distribución de frecuencias del número de carreras*

<i>Carreras</i>	$n_i$	(%)
Ninguna ... ..	2	0,5
Una ... ..	58	15,4
Dos ... ..	62	16,7
Tres ... ..	47	12,6
Cuatro ... ..	70	18,8
Cinco ... ..	26	7,0
Seis ... ..	46	12,4
Siete ... ..	18	4,8
Ocho ... ..	22	5,9
Nueve y más ... ..	21	5,6
	372	100,0
	$x=4,09$	

## 5. CONCLUSIONES

De la anterior discusión de los resultados, a la luz de las hipótesis planteadas, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

a) Buena parte de la autoidentidad está constituida por roles y status internalizados por el sujeto (respuestas consensuales). Dichas actitudes son las más salientes (proferidas con prioridad por el sujeto). La razón de ello no puede estribar, como aduce Kuhn, en su mayor importancia, sino en su función de ubicación del sujeto en la sociedad al explicitar su identidad.

b) Una vez que el sujeto proporciona el marco de referencia social, las características de sus respuestas son imprevisibles, a diferencia del modelo expuesto por Kuhn, según el cual, tras la mención de enunciados consensuales, el individuo no volvería a hacer referencias de tal tipo. La hipótesis de la escalabilidad de la dimensión consensualidad según el modelo de Guttman no se corroboró en la presente investigación.

Las razones de la inadecuación entre hipótesis y resultados hay que buscarlas, en buena parte, en aquellos puntos teóricos débiles que implica el uso de la dimensión consensualidad. A lo largo del artículo hemos visto que ofrecía los siguientes problemas:

1) La imprecisión de sus límites. En el apartado correspondiente se han señalado varias definiciones de ella: «respuestas dirigidas al nivel del otro

generalizado», «las que poseen una significación consensual» y «las que se refieren a grupos y clases cuyos límites y condiciones de membrecía son materia de común conocimiento».

2) La imposición en el análisis de las respuestas de tal criterio de clasificación supone una contradicción con la asunción de que la autopercepción no tiene dimensionalidad fija y conocida.

3) La falta de coincidencia entre el significado otorgado por la teoría a lo consensual y el percibido por el propio sujeto.

Otra razón a señalar, aunque no haya sido argumentada a lo largo del artículo, es de índole cultural. El modelo de autodefinition varía de una cultura a otra. El alto número de respuestas consensuales que hacen explícitas los estadounidenses no es alcanzado por los encuestados en otros marcos culturales como la India y España. Tampoco en estos países el coeficiente de reproductibilidad es el adecuado para las hipótesis de Kuhn. Hemos de pensar, pues, en articular otros modelos de comprensión de la expresión del yo más acordes con el medio sociocultural en el que el individuo desarrolla su mis-midad, y en avanzar nuevas categorías y formas de análisis que enriquezcan y favorezcan un conocimiento universal y particular de la persona humana.